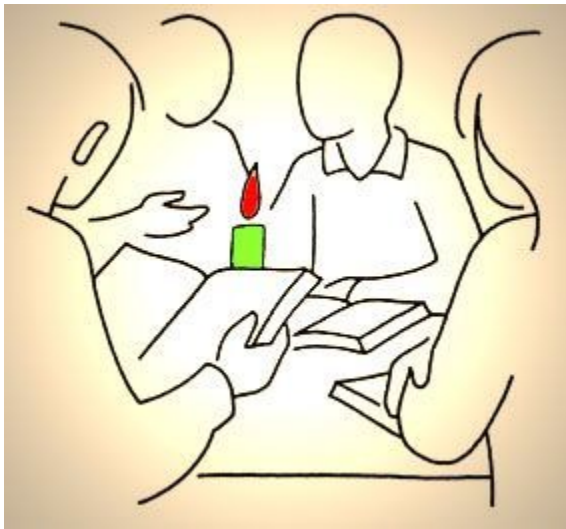


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MATEO 20,1-16



Domingo XXV del tiempo ordinario

“Dios nos libre, por su Pasión, de decir ni pensar para detenerse en ello ‘si soy más antigua’, ‘si he más años’, ‘si he trabajado más’, ‘si tratan a la otra mejor’. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, o lo ponen en práctica, es pestilencia y de donde nacen grandes males” (Camino 12,4).

Al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Y también salió a media mañana, hacia mediodía y a media tarde. Dios es el que sale a buscar. ¡Qué hermosa imagen para recordar el protagonismo de Dios en nuestra historia de oración! Dios siempre está llamando a sus criaturas. Su amor madruga para llamar, aunque cualquier hora es buena para hacerse el encontradizo y ofrecer sentido a una vida en paro. *Mucho más de lo que yo te*

busco, Tú me buscas. Mucho más, Dios mío.

Salió al caer de la tarde, y encontró a otros, parados, y les dijo: ‘Id también vosotros a mi viña’. Habitados a tantas horas, días y años con lo mismo, ¿es posible cambiar al caer de la tarde?, ¿es posible todavía preguntarnos si somos felices?, ¿se puede oír la voz del amor al anochecer? Cuando ya no podemos, ni queremos, ni creemos en nuestro cambio, Dios sí cree en nosotros y se acerca provocándonos; no soporta vernos viviendo en un sin vivir. *Aunque sea muy tarde en mi vida, Señor, contigo, mi atardecer es madrugada. Contigo, hay alegría. Tú levantas mi esperanza gastada.*

Recibieron un denario cada uno. Dios no defrauda. Lo que es y tiene lo pone en nuestras manos, colma de bienes y empieza por los últimos. Todo es gracia Todo es derroche: de tiempo, de palabras y silencios, de presencia, de amor. Basta acoger su invitación, a la hora que sea. ¿Sorprendente? ¿Ilógico? Nuestros caminos no son sus caminos. Nuestra mentalidad no es la suya. Así funciona el reino, no nuestro mundo. *Te recibo, mi Dios. Contigo, ¿qué me importa todo lo demás?*

Se pusieron a protestar contra el amo: ‘Estos últimos han trabajado solo una hora, y los has tratado igual que a nosotros’. No es fácil entrar en la gratuidad de Dios. Cuando la mirada no es limpia, empiezan los cálculos y las comparaciones; no aceptamos la igualdad de trato que Dios tiene. ¿Por qué Dios tiene que excederse en generosidad con los últimos? *¡Cuántas veces oro así! Perdóname, Señor, límpiame.*

¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? Así es el Padre que revela Jesús. Más allá de nuestra justicia, está su gratuidad y su forma peculiar de amar. Es posible vivir de otra manera. *Enséñame, Señor, a creer en tu bondad.*

CIPE - Septiembre 2011



Cipecar

www.cipecar.org